Columnistas

Domingo 27 de septiembre de 2015

Depende del gusto de cada cual

"¿Qué es lo que queda tras terminar El caso Morel ? La respuesta a esta pregunta depende, obviamente, del gusto de cada cual..."

Enviar

Opine

Comente

imprimir agrandar letra achicar letra

Camilo Marks

El caso Morel , de Rubem Fonseca, aparecida en 1973, venía antecedida por tres títulos que lo situaron como el autor más popular de Brasil, significó un giro en sus intereses y el abordaje de temas que volverá a tratar en otras ficciones, tales como L a cofradía de los espadas o Diario de un libertino : la relación entre el arte y el mal, entre delito y literatura, entre el erotismo ilimitado como forma de vida y la manera cómo la sociedad responde ante él. Sin el estilo terso, rápido, nervioso de obras que mostrarán a un Fonseca que describe la violencia, el crimen, el caos de las grandes ciudades en tramas de carácter policíaco que atrapan de inmediato al lector - El gran arte , El cobrador -, esta novela anticipa otros rasgos del gran autor que ya son su marca registrada: el nihilismo, la ausencia de valoración ante hechos brutales, la creación de personajes que hacen lo que quieren con sus existencias, sin que haya ningún juicio ético con respecto a comportamientos que, por falta de una palabra mejor, llamaremos incivilizados.

Claro que en los pasados 40 años ha corrido mucha agua bajo el puente y lo que ayer nos parecían excesos o desmanes, hoy no pasan de ser situaciones casi de salón, porque, a pesar de la multiplicidad de perversiones, parafilias, desviaciones o lo que sea que pasa en El caso Morel , eso mismo lo leemos en cualquier libro primerizo, lo vemos en el cine o la televisión, lo escuchamos en la calle o nos lo cuentan amigos. Por lo demás, mucho antes que Fonseca publicara, le precedieron Ovidio, el marqués de Sade, Sacher-Masoch y hasta los mismísimos Baudelaire, Rimbaud o Verlaine en poemas vetados antes de ir a la imprenta. Así, hoy por hoy esta narración no asusta a nadie, no molesta a nadie, carece de todo elemento para choquear, resulta hasta ingenua y, si no fuera por la eximia prosa de Fonseca, estaríamos ante un texto francamente aburridor.

El protagonista, Paul Morel, se halla en prisión preventiva por ser el presunto asesino de una mujer encontrada muerta luego de múltiples golpes en la Barra de Tijuca, Río de Janeiro. Desde la cárcel, dialogando con el policía Matos y su compañero de universidad Vilela, escribe un diario o algo que podría ser lo que estamos leyendo o bien eso sería el fruto de sus falsas confesiones. Morel es un artista reputado, obtuvo el primer premio en la Bienal de Sao Paulo, comenzó desde abajo y ahora, en la aparente cima de sus poderes pictóricos e intelectuales, se le ocurre formar una familia con cuatro mujeres, una de ellas madre soltera de un niño -muy antipático, al comienzo poco querido- y todo funciona a partir de un confite hasta que es acusado, con razón o sin ella, de dar muerte a una de sus amantes. El experimento es producto de las vivencias previas de Morel que implican toda suerte de ejercicios, manipulaciones, tratamientos heterodoxos en materia carnal; en fin, la búsqueda del goce a través del dolor agudo y la combinación indivisible entre placer y la práctica de una innumerable cantidad de cosas escandalosas que, hay que repetirlo, en la actualidad podrían ser leídas en un colegio de monjas. Morel, sobra decirlo, es excepcionalmente bien dotado y cada una de sus conquistas quita el aliento por su belleza, inteligencia e intrepidez amatoria.

En medio de este desfile de actividad promiscua o, para no descalificar la esfera privada, fogosa, resulta que Morel y sus compinches -o bien el propio Fonseca- saben una enormidad de literatura, de filosofía, de música, de moda, de gastronomía; o sea, son cultísimos, por lo que El caso Morel está plagado de citas y referencias a los clásicos, a los románticos, a los modernos y a cualquier manifestación erudita que surja en la Minerva de cada uno de estos caracteres, todos olvidables con la sola excepción del brillante Morel. La confusión en los nombres femeninos es un recurso deliberado de Fonseca, sea porque a su héroe no le importa con quién se acuesta, perdón, a quién flagela o mutila, sea debido a que la falta de identificación de las parejas es una técnica para despistar al lector que toma este volumen como si fuera un relato negro.

¿Qué es lo que queda tras terminar El caso Morel ? La respuesta a esta pregunta depende, obviamente, del gusto de cada cual. Por descontado, Fonseca es un maestro eximio en el arte narrativo y esto se nota hasta en sus títulos menores o vueltos a editar porque una vez causaron furor. Con todo, es evidente que esta no es su mejor historia y ocupa un lugar más bien secundario dentro de su extenso corpus literario.